

III

En medio de todos aquellos incidentes y de todas aquellas emociones, ¿qué pasaba en el nuevo Cuerpo legislativo? ¿Nuevo! ¿Lo era realmente? Pudo ponerse en duda cuando en 28 de noviembre de 1857 se reunió, no para su verdadera legislatura, sino para la revisión de actas. En la reelección general nada había cambiado: eran las mismas caras, los mismos puestos distribuidos en los mismos bancos, los mismos consejeros de Estado investidos de las mismas atribuciones, el mismo reglamento, y probablemente iba á verse el mismo papel desairado, la misma existencia algo monótona, la misma docilidad temperada por algunos fugaces accesos de independencia.

Una preocupación dominaba en el palacio Borbón. ¿Qué harían los electos de la izquierda? ¿Se obstinarían en negarse á jurar? Y si se negaban, ¿no prepararían alguna salida dramática? Se recordaba á Manuel agarrado á su escaño y exigiendo que le arrancase de él una mano de polizonte. Entre los diputados reinaba una disposición compuesta de temor y curiosidad: temían un escándalo y secretamente deseaban quizá que se armase un poco de ruido en torno de la Cámara que decididamente daba demasiado poco que hablar.

Hubo una mezcla de tranquilidad y de decepción cuando, al principio de la sesión del 1.º de diciembre, el Sr. de Morny leyó á sus colegas dos cartas breves y sencillas por medio de las cuales los señores Goudchaux y Carnot negaban el juramento constitucional. Decían, en substancia, que ya lo habían negado en 1852, y que «cinco años de experiencia no habían hecho más que confirmarlos en sus sentimientos.» Reducida á tan modestas proporciones, la manifestación pasó casi inadvertida.

Sin embargo, el gobierno no quiso que semejante lección se repitiese, y un senadoconsulto (1), votado dos

(1) Senadoconsulto de 17 de febrero de 1858 (*Bulletin des lois*, 1858, primer semestre, pág. 73).

meses después, decidió que la prestación de juramento había de preceder á toda declaración de candidatura. En la ausencia de Carnot y de Goudchaux, que acababan de retirarse, y de Cavaignac, que acababa de morir, ¿qué le quedaba á la oposición radical? Dos representantes desconocidos, los señores Henón y Darimón, y, por cima de ellos, un abogado brillante, pero joven y poco menos que desconocido también. Era muy poco para preocupar á nadie. Bajo tal impresión los diputados procedieron á la aprobación de sus actos.

Los hechos no habían de justificar del todo aquella confianza desdeñosa. Las oposiciones no son fuertes únicamente por el número, sino que también lo son por la dirección que reciben, por el impulso exterior que las mueve ó las encadena, y sobre todo por los azares de la fortuna, que ora las abate hasta el aniquilamiento, ora las engrandece más allá de toda esperanza. Hemos visto oposiciones que, al principio de la legislatura, desbordaban en medio de los bancos de sus adversarios y que, por falta de dirección, por impopularidad ó por mala suerte, perdieron toda su importancia. Y hemos visto otras que, apenas advertidas al principio, han osado afirmar y á veces imponer su voluntad. Cuatro meses después de la reunión de la Cámara se procedió á elecciones complementarias, y los electores parisienses dieron su representación á Julio Favre, conocido desde hacía mucho tiempo, y á Ernesto Picard, el abogado que había patrocinado á Emilio Ollivier. Julio Favre, grande por la perfección de su elocuencia; Ollivier, ignorado aún, pero tan superior al propio Favre por sus estudios especulativos, por su espontaneidad y por sus conocimientos generales; Ernesto Picard, orador de segundo orden, pero peligroso *debater* de negocios y con frecuencia serio en un tono frívolo; y al lado de ellos sus compañeros Henón y Darimón: tales eran los que la Cámara y el país iban á llamar los *Cinco*. Estos *Cinco* serán la primera vanguardia de la verdadera oposición democrática, de la que, creciendo de legislatura en legislatura, hará penetrar la primera cuña en el sólido edificio del Imperio.

LIBRO DÉCIMOTERCIO

EL ATENTADO DE ORSINI

(EXTRACTO DE LA OBRA DE M. DE LA GORCE)

- SUMARIO: I.—Orsini, su vida, sus aventuras: Pieri.—Primeros proyectos de conspiración: busca de cómplices; Bernard, Gómez, Rudio.—Fabricación de bombas explosivas.—Orsini en Bruselas y luego en París: transporte de proyectiles.—Reunión en París de todos los conjurados: sus preparativos.—Vagos avisos llegados á la policía.—El 14 de enero: el emperador; singular entrevista con el duque de Sajonia Coburgo: últimas disposiciones de Orsini y de sus cómplices.—La noche del 14 de enero: las inmediaciones de la Opera: los conjurados en su puesto, sospechas, detención de Pieri: llegada del cortejo imperial; triple explosión: terror y confusión: el emperador sale ileso.—La sala de la Opera.—Las víctimas.—Sumaria y pesquisas: singular facilidad con que se prende á los conjurados.
- II.—El emperador y su corte: de cómo la turbación y el miedo engendran el espíritu de represalias: discursos de Troplong y de Morny.—Reclamaciones á los gobiernos extranjeros: Bélgica, el Piamonte é Inglaterra.—Reacción en el interior: diversas medidas de rigor ó de previsión: sentimiento profundo de la inestabilidad del trono y esfuerzos para asegurarlo por medio del temor.—De cómo de este sentimiento nace la ley de *seguridad general*: sus disposiciones principales: público sentimiento de reprobación: algunos murmullos hasta en el Cuerpo legislativo: el general Espinasse, ministro del Interior, y su circular: la ley de seguridad general transmitida del Consejo de Estado á la Cámara: concesiones destinadas á atraer de nuevo á los diputados: hábil informe de Morny: discusión pública: Emilio Ollivier, Plichón, Andelarre, Riché y Baroche: de cómo el lenguaje oficial acaba de tranquilizar á los miembros del Cuerpo legislativo: la votación.—El proyecto en el Senado; Haussmann y el general Mac-Mahón.—Ejecución de la ley.
- III.—El proceso de Orsini y de sus cómplices: actitud de los acusados: Chaix-d'Est-Ange: Julio Favre y su extraordinaria defensa: ejecución de Pieri y de Orsini: «¡Viva Italia!»
- IV.—Francia é Inglaterra después del atentado: despacho de 20 de enero: carta del emperador á la reina: contestaciones conciliantes: elaboración de un proyecto de ley sobre las conspiraciones.—De cómo las exposiciones de los coroneles irritan en Londres el sentimiento nacional: reunión del Parlamento: debates borrascosos: enmienda Milner Gibson que implica la recusación del *bill* á su segunda lectura.—Tirantez de relaciones diplomáticas: sensatez del gobierno francés y despacho de Walewski que parece terminar el incidente.—Absolución de Bernard é irritación con que el fallo es acogido en Francia.—El duque de Malakof en Inglaterra: fiestas: testimonio de cordialidad: apaciguamiento: armamentos desmentidos.—El emperador y la reina Victoria en Cherburgo: discurso pacífico del emperador.
- V.—Estado general de Francia en 1858: confianza un poco alterada ya.—Los partidos: incidentes diversos.—Nubarrón que se forma por la parte de Italia.

I

Desde 1856 vivía en Inglaterra un italiano llamado Félix Orsini. Era oriundo de los Estados romanos y tenía treinta y nueve años de edad. Desde muy joven se había asociado á todas las empresas de la demagogia más exaltada. En 1845 el tribunal supremo de Roma le condenó á galeras perpetuas por conspiración contra el gobierno pontificio. El año siguiente, merced á la amnistía de Pío IX, recobró la libertad, pero menos con el arrepentimiento de sus extravíos que con el pesar de haber fracasado en su empresa. Bien se vió cuando, dos años después, nuevos trastornos agitaron á Italia. Orsini fué elegido entonces miembro de la Convención romana y desempeñó luego el cargo de comisario extraordinario, primero en Ancona y después en Ascoli; á pesar de que la época fué fecunda en violencias, él se hizo famoso por sus abusos de autoridad ó por sus exacciones. No por eso se desconcertó; y lo que más tarde los jueces pontificios llamaron robo, él lo llamó con indulgencia y casi con orgullo: «requisas

forzosas (1).» La equidad obliga á decir que, si cometió muchas rapiñas, no se enriqueció. Restablecido el poder de Pío IX, no tuvo ya asilo en su patria. Desde aquel momento anduvo errante por Europa, residiendo sucesivamente en Londres, en Suiza, en el Piamonte y en Lombardía, paseando por todas partes sus inquietudes, presa de todos los ardores de su naturaleza á la vez violenta y estrecha, fanática y vanidosa, y disfrazando con el nombre de patriotismo todas las ilusiones malas y perversas de su ambición nunca satisfecha. Viajaba con pasaportes falsos, urdía complots en todas partes, tan pronto se llamaba Herweg como tomaba el nombre de Celsi, y se disfrazaba tan bien, que á intervalos se pierden las huellas de su vida aventurera. Con el nombre de Herweg fué acusado en 1855 de conspiración contra el emperador de Austria y encerrado en la ciudadela de Mantua. Iba á ser ejecutado, cuando, con un valor muy grande y merced á la complicidad de

(1) Audiencia del Sena: interrogatorio de Orsini (*Gazette des Tribunaux*, 27 de febrero de 1858).

una mujer, evitó el castigo por medio de una de esas evasiones emocionantes que parecen cosa de leyenda ó de novela. Puesto en salvo, pasó por Génova y por Marsella y finalmente llegó á Londres, donde pareció crearse un domicilio estable, en cuanto lo permitían su naturaleza inquieta y su condición de desterrado. A los ingleses les gusta mucho oír las aventuras de los demás: esto les hace apreciar mejor su propia seguridad, y los apuros de sus vecinos nada tienen que pueda afligirlos. Por su odio al Austria, por sus cautiverios y sobre todo por su reciente evasión, Orsini era un personaje lleno de interés. Este guardóse de desperdiciar semejante elemento de éxito, y detallando la odisea de su juventud, dió conferencias, ó por mejor decir, lecturas que le valieron, si no la celebridad, al menos cierto favor. Y le valieron también abundantes beneficios, y cuando se le interrogue más tarde sobre la procedencia de sus recursos, podrá con cierta verosimilitud atribuir á ese origen el dinero encontrado en su poder.

En sus correrías á través de la Gran Bretaña, Orsini encontró en Birmingham á uno de sus compatriotas, toscano de nacimiento, de cincuenta años de edad y domiciliado desde hacía cinco años en Inglaterra, donde era profesor de lenguas. Se llamaba Pieri. A los veintidós años éste había sido condenado por robo por los tribunales de su país, pero esa condena se perdía en medio de tan numerosas desgracias políticas que más valía olvidarla. Personaje vanidoso, hablador y teatral, se embriagaba con sus enfáticas y sonoras declamaciones; pero no carecía de valor ni de audacia, y aunque inferior á Orsini en inteligencia, no parecía indigno de entenderse con él.

Se entendieron, efectivamente, y, á partir de 1857, se vieron varias veces. Orsini, por convicción real ó porque le impacientase soportar un jefe, deploraba mucho el sistema de Mazzini, que enviaba por series y á una muerte casi cierta á muchos emisarios sacrificados de antemano, y llegó á precisar su pensamiento en una fórmula de una lógica siniestra. Para determinar una revolución en Italia, el medio más seguro era producir una en Francia; y el infalible medio de provocar esa revolución en Francia era matar al emperador (1). Con este lenguaje se mezclaban imprecaciones de toda clase contra Napoleón. «Si yo pudiese coger á ese, decía Orsini, volvería á mi país (2).» Así nació el primer designio de la empresa cuyo desarrollo vamos á referir.

«Inglaterra, decía Luis XVIII, no solamente es consuelo de afligidos, sino que es también refugio de pecadores.» En las callejuelas cosmopolitas de las inmediaciones de Leicester-Square, los «pecadores» abundaban. Orsini, para su proyecto todavía informe, pero que iba madurando de día en día, creyó conveniente echar mano de algunos. Púsose desde luego al habla con un francés llamado Bernard, ex médico de marina, periodista, gran agitador de reuniones públicas en 1848, al extremo de que le habían puesto el sobrenombre de Bernard el Clubista; huyendo varias condenas políticas, se había refugiado en Londres, donde era, en *Bow-street*, uno de los parroquianos del café Suizo, punto de

(1) Interrogatorio de Orsini ante el juez de instrucción, 9 de febrero.

(2) Audiencia del Sena: declaración de Rosina Harmann (*Gazette des Tribunaux*, 28 de febrero de 1858).

cita ordinario de los emigrados más peligrosos. Púsose luego en relación con el napolitano Gómez, individuo de la más baja condición y de inteligencia mediocre, que Orsini trató de tomar para criado. Trabajó, en fin, conocimiento con Carlos de Rudio, veneciano de noble estirpe, arrastrado al crimen por la miseria. De esos tres cómplices, el único que al parecer recibió confidencias más ó menos explícitas fué Bernard: los otros dos no fueron más que instrumentos preparados á fin de utilizarlos en el momento propicio para el complot. La elección de aquellos auxiliares reveló en Orsini más inexperiencia que sensatez. Bernard en ningún momento de la empresa había de renunciar á la seguridad del destierro. Gómez era tan débil de espíritu que era de temer que su turbación le vendiese. Rudio, comprometido á última hora por la necesidad en tan infame compañía, no tendría quizá esa horrible firmeza que sin escrúpulos ni remordimientos persigue hasta el fin los grandes crímenes.

¿De qué arma se servirían? Dijose que Orsini había visto en Bruselas bombas de pequeñas dimensiones, fabricadas precisamente para un complot contra el emperador, y resolvió servirse de un explosivo casi igual, cuyo modelo hizo fabricar en madera por un tornero. El 16 de octubre de 1857, en una nota dictada á Bernard, resumió sus instrucciones para el establecimiento de ese aparato, que se compondría de un cilindro hueco, de hierro colado, compuesto de dos partes unidas por un tornillo. En la parte superior habría un agujero practicado para introducir la carga. En la parte inferior se armarían chimeneas atravesando todo el espesor de las paredes y dispuestas de manera que el fuego de las cápsulas convergiera sobre la carga colocada en el interior. Las paredes habían de tener un espesor desigual, mayor en la parte inferior, á fin de que el proyectil, al ser arrojado, cayese necesariamente por el lado más pesado sobre las cápsulas destinadas á provocar la explosión. Temiendo que su calidad de extranjero le impidiese encontrar un fabricante que consintiera en ejecutar un encargo tan sospechoso, Orsini se dirigió á un inglés, á quien en vano se buscó más tarde y que hizo efectuar el trabajo como por su cuenta por un ingeniero de Birmingham llamado Taylor. A fines de noviembre, Taylor entregó seis bombas, sospechando que se trataba de máquinas de guerra, pero ignorando á qué siniestro uso estaban destinadas (3). De las seis bombas, Orsini afirmó no haber recibido más que cinco. ¿Qué fué de la sexta? Ninguna investigación logró descubrirlo.

Contando con sus cómplices y con sus máquinas, Orsini resolvió abandonar, para su peligrosa empresa, el seguro asilo de Inglaterra. Provisto de un pasaporte falso bajo el nombre de Tomás Allsop, partió el 28 de noviembre para Bélgica. Por prudencia no llevó las cinco bombas consigo, sino que las confió, divididas cada una en dos partes, á un mozo del café Suizo llamado José Georgi, que iba precisamente á Bruselas. A este hombre se le había dicho que se trataba de nuevos aparatos para la fabricación de gas; así lo creyó é hizo en la aduana de Ostendes una declaración conforme que

(3) Audiencia del Sena: declaración de Taylor é interrogatorio de Orsini (*Gazette des Tribunaux*, 28 de febrero de 1858).

no despertó la menor sospecha. Para introducirlos en Francia, Orsini se valió del mismo medio. El 12 de diciembre partió para París, pero se guardó muy bien de meter las bombas en su equipaje. Encargó á un tal Zeghers que le llevase á la capital francesa un caballo que acababa de comprar, y aprovechó la ocasión para confiarle los diez medios cilindros de hierro, aparatos para la fabricación de gas, según persistió en decir de la manera más natural del mundo. Zeghers los tomó por objetos de poco valor, hasta se dejó uno olvidado en Bruselas, y los declaró en la aduana de Valenciennes, que no percibió por ellos ningún derecho, tan mínima fué la importancia que les atribuyó. Zeghers estaba tan lejos de sospechar el destino de los aparatos de que era portador, que á su llegada al hotel de Albión, en que se había hospedado Orsini, dejó ostensiblemente los nueve fragmentos de bombas sobre un diván con los cepillos destinados á la limpieza del caballo. Estos objetos permanecieron expuestos mucho tiempo á la vista del personal del hotel. Llegó Orsini y ocultó precipitadamente los misteriosos aparatos, alegrándose de que nadie hubiese presentado maquinación alguna y puesto á la policía sobre la pista de un crimen (1).

Orsini no pasó más que tres días en el hotel de Albión. El 15 de diciembre se instaló en un piso amueblado, calle de Monthabor, número 10. Los primeros días no recibió ninguna visita: montaba con frecuencia á caballo, daba largos paseos y hacía vida de viajero acomodado: según las indicaciones de su pasaporte, decía que era inglés y había hecho grabar tarjetas de visita con el nombre de Tomás Allsop.

Sus cómplices no tardaron en reunirse con él. El 7 de enero de 1858 desembarcaron en Calais Pieri, que, mediante una ligera alteración de su pasaporte, usaba el nombre de Piercy, y Gómez, que usaba el de Swiney. Ambos venían de Birmingham y, de paso en Londres, habían recibido las instrucciones de Bernard, representante de la conspiración en Inglaterra, pero representante sedentario y prudentemente alejado del peligro. Gómez fué de Calais á París por Lilla, y Pieri dió la vuelta por Bruselas, sin duda para buscar la media bomba allí olvidada: á medida que se acercaba el desenlace, este último cómplice iba perdiendo su aplomo; habiendo encontrado en Bruselas una muchacha que había tenido á su servicio, cedió á una singular necesidad de confidencias: «Voy á París, le dijo, para una empresa en que quizá dejaré mi vida (2).» Rudio, cada vez más sumido en la miseria, era el único que aún permanecía en Londres. Bernard le mandó á buscar, entregó al pobre infeliz 28 chelines, le prometió un socorro de 12 chelines semanales para su mujer y sus hijos, le confió un pasaporte falso con el nombre portugués de Da Silva, y le dió unos lentes de oro que iban á servir de señal de reconocimiento entre él y Orsini que no lo había visto nunca. Después de haber expedido á todo el mundo, se estuvo tranquilamente en su casa.

El 10 de enero Orsini, Pieri, Gómez y Rudio se hallaban reunidos en París. Se habían dividido entre tres domicilios diferentes á fin de evitar sospechas. Sus fal-

(1) Interrogatorio de Orsini ante el juez de instrucción, 9 de febrero de 1858.

(2) Audiencia del Sena: declaración de Rosina Hartmann (*Gazette des Tribunaux*, del 28 de febrero de 1858).

los pasaportes cubrían su identidad. Orsini se hacía pasar por inglés; Pieri, con el nombre de Piercy, se decía alemán; Rudio, transformado en Da Silva, se fingía viajante para el comercio de la cerveza; y Gómez, bajo el nombre de Swiney, pasaba por criado de Orsini.

Había llegado la hora de armarse para el crimen. Los asesinos (pues ya podemos darles este nombre) tenían ya un revólver procedente de las fábricas de Birmingham. Un comerciante llamado Outrequin les entregó otros dos, también de fabricación inglesa, por encargo de Bernard; y se compró otro en casa del armero Devismes. Faltaba cargar las bombas. Orsini, verdadero jefe de la conspiración, se reservó este cuidado. Con el mayor secreto había traído de Inglaterra cierta cantidad de fulminato de mercurio, compuesto por él ó por algún cómplice que no llegó á conocerse. Durante el viaje de Londres á Bruselas y de Bruselas á París llevaba precisamente consigo aquella substancia peligrosa, aislándola con cuidado y humedeciéndola de vez en cuando. En la soledad de su habitación de la calle de Monthabor, la puso á secar, primero exponiéndola al aire y después acercándola al fuego, con riesgo de hacer volar la casa (3). Terminada esta operación, llenó las bombas hasta la mitad de su capacidad, y llamando á Gómez, que tenía más puños que él, acabó de atornillarlas.

Durante toda aquella maquinación, la policía no tuvo más que un aviso determinado. El 10 de enero, un despacho del ministro de Francia en Bruselas notificó que acababa de llegar á París un italiano de los más peligrosos, llamado Pieri; que éste iba acompañado de otro individuo, y que ambos, según todas las apariencias, tramaban algún complot contra la vida del emperador. Por consiguiente, la policía buscaba á Pieri. A aquellos indicios se añadían algunos rumores vagos de conspiración, pero tan vagos que los agentes de seguridad procuraban en vano darles cuerpo. Napoleón fué avisado sin que el aviso le impresionase mucho, tan frecuentes eran semejantes alarmas desde hacía algunos años. Sin embargo, en la tarde del 14 de enero, yendo en coche con un príncipe alemán, el duque Ernesto de Sajonia Coburgo, y en el momento de pasar por el puente Nuevo, pensó en las múltiples tentativas que amenazaban su vida. «Sólo temo el puñal como el de Ravallac, dijo al duque señalando á la estatua de Enrique IV: en todos los demás casos, el criminal espera siempre salvarse por medio de la fuga, y esa idea paraliza sus fuerzas (4).» Observación natural y justa, pero que, relacionándola con la catástrofe que pronto había de ocurrir, pareció una especie de presentimiento.

Se acercaba la hora decisiva. Aquella misma noche del 14 de enero, el emperador y la emperatriz habían de ir á la Opera. Los periódicos lo habían anunciado: además, los preparativos para la iluminación de la fachada, y la entrada particular de los príncipes, cuidadosamente cubierta de arena, eran indicios seguros de que los soberanos asistirían á la función. La ocasión les pareció propicia á los conjurados. A la entrada del teatro, mezclados con el gentío, arrojarían las bombas sobre el

(3) Interrogatorio de Orsini ante el juez de instrucción, 9 de febrero.

(4) *Aus meinem Leben und meiner Zeit von Ernst II de Saxe-Cobourg*, tomo II, pág. 411.

coche imperial, y se servirían luego de sus revólveres, ya para su propia defensa, ya para completar su obra. Poco importaba que de la explosión resultasen otras víctimas oscuras, además de la gran víctima destinada á la muerte: poco importaba, con tal de que el emperador fuese inmolado: entonces estallaríala la anarquía en Francia y, de rechazo, en Italia; entonces se realizarían los espantosos proyectos de aquellas imaginaciones enfermas y pervertidas.

A la caída de la tarde, Pieri y Rudío estuvieron reconociendo las inmediaciones de la Opera, penetraron en el peristilo á fin de elegir posiciones y hasta se hicieron expulsar por un peón que acababa de enarenar el suelo y á quien extrañó un examen tan minucioso. Entre seis y siete de la noche, los cuatro cómplices se reunieron en casa de Orsini, calle de Monthabor. Gómez trajo una botella de vino que había hecho calentar: sin duda para inspirar valor á Rudío, Orsini le entregó trescientos francos. Repartieron luego las bombas: Gómez y Rudío se encargaron de las dos mayores, Orsini de las dos más pequeñas, y Pieri de la quinta. Se convino que Gómez sería el primero en arrojar su bomba, que Rudío seguiría á Gómez, y que inmediatamente les llegaría el turno á Orsini y á Pieri. Así convenido todo, los conjurados salieron. Un cochero empleado en la casa les vió salir y observó que Gómez llevaba envuelto en un pañuelo encarnado algo que abultaba mucho. En el camino Pieri se separó de sus compañeros: «¿Querrá abandonarnos?» pensó Orsini, que no cesaba de abrigar sospechas acerca de sus cómplices. Pieri no tardó en incorporarse otra vez al grupo. Acercáronse entonces al teatro y tomaron sus posiciones en medio de la multitud: en primer término Gómez, el más indeciso, vigilado por sus compañeros; á su lado, cerca del bulevar, Rudío, de quien Orsini no apartaba la vista; luego el mismo Orsini y por último Pieri junto á la puerta de entrada.

Se acercaba la hora. Las inmediaciones del teatro se llenaban de policía secreta. La serenidad del cielo y la suavidad de la temperatura, que contrastaban con la estación, favorecían á los transeúntes, que eran numerosos en el bulevar y se agrupaban en las proximidades de la Opera. El público acudía presuroso á la representación, que era á beneficio de uno de los artistas é iba á verse realzada por la presencia del emperador. Entre los espectadores había varios personajes distinguidos, entre ellos el duque de Sajonia Coburgo, que había llegado temprano y permaneció algún tiempo al pie de la escalera, donde estuvo hablando con el general Fleury, y la conversación, ¡coincidencia extraña!, recayó precisamente sobre las medidas tomadas para la seguridad del emperador: el general elogió mucho la nueva organización del servicio de vigilancia y añadió que ya no había temor de que en adelante se repitiesen complots como el del Hipódromo ó el de la Opera Cómica (1).

En aquel momento, una feliz circunstancia estuvo á punto de descubrir toda la trama. Los agentes de seguridad no habían olvidado el grave aviso transmitido por la legación francesa de Bruselas y buscaban á aquel temible Pieri cuyas señas personales tenían. Además Pie-

(1) *Aus meinem Leben und meiner Zeit von Ernst II de Saxe-Cobourg*, tomo II, pág. 412.

ri había residido en Francia, de donde había sido expulsado en 1852, y esta fecha no era tan remota que la fisonomía del conspirador no pudiese ser reconocida por algún agente de policía. Hallándose apostado en la calle de Lepelletier, fué detenido. Al pasar por delante de Orsini, le hizo una seña que éste no comprendió y que quería decir que acababan de prenderlo. Lo llevaron al cuartelillo más próximo, y, al registrarlo, se le encontró una bomba, un revólver de seis tiros y un puñal.

¿Cómo esa importante captura no desbarató toda la conspiración? Cuando Pieri fué detenido, los coches de palacio no habían salido aún de las Tullerías. Aún transcurrieron quince ó veinte minutos antes de la llegada de Napoleón. Aquella bomba recogida ¿era la única? Aquel italiano ¿no tenía cómplices diseminados entre la multitud? La sospecha era tan natural que parecía imponerse: de ahí la urgencia de despejar inmediatamente las inmediaciones del teatro, no sólo en interés de los soberanos, sino también en interés del público. Sin embargo, parece que no se tomó ninguna medida.

Acababan de dar las ocho y media cuando se oyeron en el bulevar las pisadas de los caballos de la escolta, mezcladas con un ruido confuso de aclamaciones. Delante del teatro los tambores batieron marcha y los hombres de guardia salieron para hacer los honores de ordenanza. El cortejo dobló la esquina de la calle de Lepelletier; iba al frente un coche con los oficiales de la casa imperial, seguido de un pelotón de lanceros que precedía una carroza en que se hallaban el emperador, la emperatriz y, en el asiento delantero, el general Roguet. Al llegar á la altura de la entrada principal, el coche imperial moderó el paso para entrar por la puerta reservada: en aquel momento resonó una explosión como un cañonazo, luego otra y, finalmente, una tercera á diez segundos de intervalo.

Prodióse una confusión inexplicable. El cordón de gas que iluminaba la fachada se apagó, de modo que de una claridad deslumbradora se pasó de pronto á la más espantosa oscuridad: los cristales del peristilo volaron hechos trizas; la marquesina que protegía la entrada fué rota; los caballos del coche imperial, mortalmente heridos, se desplomaron al suelo. Oyéronse agudos gritos de dolor y de espanto mezclados con desgarradoras quejas: lanceros, gendarmes, municipales, lacayos y simples curiosos yacían en charcos de sangre ó huían despavoridos sacudiendo el dolor de sus heridas. Momentos después, cuando los ojos se hubieron acostumbrado á la oscuridad, se pudo abarcar todo el horror de la escena, aumentado por la incertidumbre de lo que iba á seguir. En medio de los gemidos estalló una aclamación: se acababa de ver al emperador y á la emperatriz bajar sanos y salvos del coche; éste estaba acribillado de proyectiles y el general Roguet ligeramente herido; pero, en el desastre, Dios había salvado á los que los criminales eligieran para víctimas.

En el interior de la sala, llena de luces y de alegres rumores, la representación había empezado: ésta se componía de diversos fragmentos, y se acababa de cantar un trozo de *Guillermo Tell* cuando se oyeron las tres detonaciones. De pronto creyóse que era una explosión de gas: luego se supo el atentado. Al mismo tiempo aparecieron los soberanos, tranquilos al decir de unos, pálidos y como aterrados según afirmación de otros. En

el primer estupor, los espectadores permanecieron silenciosos; después, comprendiendo el peligro á que acababan de escapar, subieron hacia el palco oficial calurosos gritos. La representación continuó, pero ¡con qué preocupaciones! ¿Qué pasaba en París? Los conspiradores ¿no habían urdido otras tramas? Corrieron al lado del emperador los ministros, generales y altos funcionarios que asistían al espectáculo ó vivían cerca del teatro. Y desde aquel momento pudo adivinarse en ellos un deseo vehemente é irritado, el de un sistema de rigor general que sería la consecuencia y como el castigo del terrible crimen.

Mientras tanto, se habían prodigado los primeros cuidados á los heridos, los cuales, según su estado ó condición, fueron conducidos á su casa ó á los hospitales. Más tarde, cuando hubo tiempo de contar las víctimas, se averiguó que éstas habían sido ciento cincuenta y seis, de las cuales sucumbieron ocho (1). En aquel momento urgía más seguir la pista del crimen y buscar á los criminales. En la esquina de las calles de Lepelletier y de Rossini, un mozo de fonda llamado Vuillaume encontró un objeto cilíndrico envuelto en un saco: de pronto tuvo la intención de tirarlo al arroyo, pero luego lo des envolvió y se dió cuenta de que era una bomba. A poca distancia de allí, en la calle de Rossini, un municipal recogió un revólver manchado de sangre. Ambos objetos fueron guardados en sitio seguro. Pero, en la ansiedad de las primeras indagaciones, nadie acertaba á orientarse. Entre nueve y diez, el prefecto de policía, Sr. Pietri, estuvo dos veces en el palco imperial, y cada vez declaró al soberano que no se había adelantado nada en la averiguación de los autores del crimen.

Lo que se temía no descubrir se esclareció de pronto merced á indicios inesperados. El descubrimiento debióse á los criminales, torpes hasta la ineptia ó vergonzosamente afanosos de denunciarse. Pieri, detenido antes de la explosión y dejado algún tiempo sin que nadie le hiciese pregunta alguna, fué, finalmente, interrogado. La bomba recogida cerca de la calle de Rossini era exactamente parecida á la que se había encontrado en poder de él. Acosado por el interrogatorio, confesó que estaba hospedado en la calle de Montmartre, en el hotel de Francia y Champaña, en compañía de otro individuo. Este individuo, que encontraron vestido en una de las camas del hotel, declaró llamarse Da Silva, pero se le desenmascaró pronto y vióse obligado á revelar su verdadero nombre: era Rudío, el cual, después de haber arrojado su bomba, se había retirado á su cuarto, encargando que le preparasen la cuenta porque iba á marchar á la mañana siguiente. La policía, tan poco informada antes del crimen, empezaba á estar de suerte. Después de la explosión, registrando los establecimientos vecinos, varios agentes de la autoridad habían observado en el restaurant Broggi un joven cuya agitación, acento extranjero y palabras mezcladas con llanto llamaban la atención; le habían interrogado, y como sus contestaciones parecían singulares, se habían apoderado de su persona: un revólver cargado que se encontró debajo de un aparador del restaurant confir-

(1) Audiencia del Sena: informe del doctor Tardieu (*Gazette des Tribunaux*, 27 de febrero de 1858).

mó las sospechas. Aquel individuo, que declaró llamarse Swiney, era el napolitano Gómez. Después de haber lanzado su proyectil, se había refugiado en aquel sitio y, con todas las señales de la turbación que le perdió, esperaba el momento de volverse á su habitación. Interpelado, Gómez dijo que estaba de criado con un tal Tomás Allsop, que vivía en la calle de Monthabor, número 10. La policía corrió á estas señas, donde el falso Allsop, ó mejor dicho, Orsini, acababa de acostarse, herido y cubierto de sangre, pues había sido herido por el proyectil lanzado por él: en su huída en medio de la multitud, abandonó disimulada y precipitadamente en la calle su pistola y su segunda bomba encontra-



El duque Ernesto de Sajonia-Coburgo-Gotha

das en la calle de Rossini. Así es que antes del nuevo día, y por un concurso de afortunadas circunstancias poco comunes, los cuatro criminales se hallaron en poder de la justicia. Sólo faltaba levantar acta de sus contradicciones y establecer sus responsabilidades en virtud de la oposición de sus falsedades y de sus confesiones.

II

Mientras la policía continuaba sus investigaciones sobre los acontecimientos de aquella noche trágica, la representación teatral había concluido y los soberanos se habían retirado á las Tullerías. Allí acudieron los altos personajes avisados demasiado tarde para ir á la Opera, y todos aquellos que, por horror al crimen, por afecto ó por deseo de agradar, tenían interés en hacer acto de presencia en tan graves circunstancias. Siguió una larga velada, llena de ansiedad y de una irritación confusa contra todo sin concretarse á nada. Del justo sentimiento de los peligros nace la firmeza; de la turbación y del miedo nace el espíritu de represalias. Y ese espíritu dominó.

El 16 de enero los grandes cuerpos constituidos fueron á las Tullerías con el objeto de presentar al emperador sus felicitaciones y sus homenajes, y el presidente del Senado, Sr. Troplong, se expresó en estos términos: